

El Dios incómodo de la oración me hace salir desnudo a la intemperie, exige de mí niveles cada vez más altos de conciencia y libertad, destroza con su sola e interpelante presencia el mecanismo de mis mentiras sutiles, la malla impalpable de mis miedos recónditos, la urdimbre de mis inconfesadas neurosis.

vibró en mi espíritu como una llamada a la interiorización, al rechazo de todo tipo de figuración mundana y al estudio sistemático de dos vías de realización religiosa no cristianas: el taoísmo y el budismo. Así, viví en Mérida, más intensamente que en los años anteriores, la sacralidad de mi alma: la contemplación y la meditación disciplinada, la reflexión sobre mí mismo.

La soledad es la otra cara de la comunión con los otros. Bien entendida, se abre, en su ápice, a la fraternidad; siempre que no se viva como aislamiento espiritual o misantropía. Estoy acostumbrado a vivir una soledad impregnada de seres entrañables a los que amo y que están presentes en mi vida de múltiples y variadas maneras. No sentirse amado es algo terrible. Dicen, por cierto, unos versos de Cardenal: *“Todo gozo es unión. /Dolor, estar sin los otros”*.

TENGO UNA CLARA VOCACIÓN LAICAL

Me siento muy orgulloso de ser un laico católico, de no pertenecer a ninguna orden religiosa. Mi ámbito de realización es completamente secular. En la Iglesia hay un estamento clerical formado por los presbíteros cuya cabeza es el Obispo, pero también hay religiosos que no son sacerdotes y de alguna manera son laicos; por ejemplo, los hermanos coadjutores jesuitas que no se ordenan, a su manera, laicos. Cuando yo estudiaba filosofía le dije al Provincial de la Compañía: “Padre, tengo una clara vocación laical, yo no quiero pertenecer al estamento clerical”. Y él me dijo: “Armando: te queda la opción de ser hermano co-adjutor jesuita”

Jesús fue un laico. No perteneció a la casta sacerdotal israelita, no fue un escriba, no fue un fariseo, no fue un teólogo profesional. Jesús fue un laico y el cristianismo primitivo fue un movimiento laical completamente secular. Y como la referencia central de mi vida es Jesús lo sigo desde mi vocación laical.

A mí siempre me pareció que el estamento clerical me aislaba, me separaba del común de los mortales. Si yo pertenecía al estamento clerical me segrego, me aísla del común de la gente. Este es el núcleo de la denuncia que Francisco ha hecho dentro la Iglesia: el clero se ha convertido en un verdadero estamento, muy parecido al israelita, que nada tiene

que ver con el Evangelio de Jesús. Por ello yo decidí pertenecer a una orden extinta de vocación monástica, laical y periférica, marginal dentro del catolicismo.

*Escritor, psicólogo.

Notas:

- 1 *El Dios de la intemperie; El caleidoscopio de Hermes; Crónica de la memoria; La otra locura.*
- 2 Realizadas por Yoyiana Ahumada, Luisa Helena Calcaño y Alejandro Sebastiani.

Pan en el desierto

Ana María Hurtado*

Armando Rojas Guardia (1949-2020) gran poeta e intelectual venezolano quien falleció en julio pasado, fue mi amigo entrañable. Hombre de una altísima espiritualidad, además de su insigne capacidad poética y de su densidad intelectual, con el cual tuve la gracia de compartir momentos sublimes. En los días finales de su vida, ya adentrado en el camino arduo del sufrimiento, le escribí algunas cartas –medio de comunicación muy apreciado por él– donde intento acercarme a su tránsito doloroso a través de la mirada cristiana, que tantas veces compartimos en nuestras comunicaciones. A continuación, las tres últimas cartas que le escribí.

2 DE JULIO

Querido Armando:

Me quedé pensando en aquello que dijo mi amigo: “es demasiada alma para un cuerpo”. Se me hace difícil pensar al alma diferente del cuerpo, pero comprendo que hay dimensiones, categorías o estados, así como el agua, el hielo y las nubes son lo mismo en diferentes espacios, manifestaciones y formas.

Es tan doloroso todo este camino que estás recorriendo en cuerpo y alma, y

Si “hacer alma” a partir de la materia prima del soma es nuestra misión en esta vida, sería cierto lo que dice mi amigo, has hecho un alma que excede ese caldero de transformaciones que es el cuerpo, y el peso de tu amor te lleva a ese lugar donde el cuerpo ha quedado huérfano.

en el cual quiero acompañarte buscando qué decir, con qué palabras aliviarte, cómo tratar de entender, de descifrar. Hay tres personas a las que recurro en momentos de angustia y desconcierto, ellos son: Thomas Merton, Simone Weil y Agustín de Hipona. Nunca me dejan sola, acuden puntuales desde la *clandestinidad* del universo, con misteriosa densidad viven y me hablan, me acompañan y siento el soplo inagotable de sus presencias.

Viene de inmediato San Agustín con esa frase que ha sido para mí, a la vez, luz intensa y misterio profundo: “*el amor es mi peso*”, es un mantra que invoco y repito en mis momentos de angustia, desasosiego y dolor, y éste es uno de esos momentos; “*él me lleva a donde soy llevado*”. Y pienso en ti: el amor es tu peso, querido Armando. Los antiguos que desconocían la ley de Gravedad, pensaban que los cuerpos se atraían por semejanza, “*el cuerpo con su peso tiende a su lugar*”; entonces el peso del amor que eres, atrae al propio amor. Eso es lo que he sentido tan intensamente en estos días, la corporalidad de tu amor, su peso específico, toda tu alma que excede los densos estados de la materia, lleva consigo un peso alrededor del cual gravita el amor que has convocado, yo misma he sentido esa avalancha amorosa que sale de todos nosotros hacia ti. Tanto aquellos cercanos, como los más distantes, quienes tal vez han leído algunas líneas tuyas, o te escucharon recitar o hablar, simplemente, con tu voz grave de textura arbórea. Todos hemos sido convocados al ágape por el peso de tu amor. Inmenso regalo envuelto en el misterio del sufrimiento.

-“*El amor es mi peso, él me lleva adonde soy llevado*”- me repito.

El sufrimiento por el que transitas y que adviene desde esos ocultos rincones del cuerpo, olvidadas moradas, habitaciones cenicientas atiborradas de memorias sin descifrar, son también en la misma medida aposentos del alma, pasadizos que conducen al espíritu, donde necesitamos luces, aunque sólo sean las tenues lámparas de la infancia en las primeras navidades. Y son también lugares a donde el peso del amor te conduce, por ello, presiento que cada padecimiento es una llamada, un grito, un empujón o un manotazo. Tal es el peso del amor más grande que termina haciendo que la divinidad se retire, se vacíe en un acto de locura, como bien

afirmaban Teresita de Lisieux y Simone Weil. ¿Acaso el peso del amor nos hala para que reproduzcamos en semejanza ese acto divino? Lo que Simone denomina nuestra respuesta, nuestro eco, ante tal acto de amor creador, ante la renuncia fundamental de Dios. Y nuestra renuncia nos conduce a la ausencia aparente de Dios, es decir nos conduce a su escondite, allá, inmerso en la última de las habitaciones del soma. Dice Simone: “...la descreación es la finalidad de la creación, *su verdadero acabamiento... el acabamiento trasciende la creación... otorga la plenitud*”

Partiendo de ese *Logos spermatikos* por medio del cual Dios ha dejado su impronta en todas las culturas, te comenté una vez de Inanna, la diosa babilónica, que baja al inframundo a buscar a su hermana enferma, y que en cada umbral va despojándose de todas sus pertenencias, comenzando por la corona (tal vez el intelecto), abandonando sus atavíos y abalorios reales hasta despojarse al final de la propia piel. Ese es nuestro tránsito por la enfermedad, a través de la cual descendemos, nos despojamos, nos desnudamos ante desconocidos en lugares inhóspitos, ofrendamos la piel, rendimos nuestra humanidad, nos «descreamos» para terminar hallando al Otro radical, sublime que siempre nos espera, y del que tú tan bellamente has escrito y nos has mostrado.

Si “*hacer alma*” a partir de la materia prima del soma es nuestra misión en esta vida, sería cierto lo que dice mi amigo, has hecho un alma que excede ese caldero de transformaciones que es el cuerpo, y el peso de tu amor te lleva a ese lugar donde el cuerpo ha quedado huérfano. “...*allí donde está el más pequeño de mis hermanos*”.

Abro al azar el libro de Merton “Pan en el desierto”, y me dice, nos dice: “*Cuando Israel salió de Egipto y deambuló por el desierto, Dios se convirtió en peregrino con él en los años oscuros de su tribulación*”

Que nuestro compañero de peregrinaje en la tribulación nos acompañe

Te quiero mucho
Abrazos cósmicos

8 DE JULIO

Querido Armando:

“*La extremada grandeza del cristianismo proviene de que no busca un remedio sobrenatural para el sufrimiento, sino un uso sobrenatural del sufrimiento*”



Tal vez el sufrimiento del soma nos acerca cada vez más al tesoro escondido. Allí donde nuestro aliento es más profundo. Donde está aquél que nos ama, tan cerca, respirando con nosotros, ínfimo, humilde, escondido en cada dolor, en cada maleza que debemos separar del trigo limpio. Con cósmico amor...

to". Así nos habla nuestra querida Simone. Y así en esta media medianoche, aturdida, tratando de descubrir la divinidad desde el camino estrecho, pido para ti la Gracia de hallar ese uso sobrenatural del sufrimiento.

Ahora que la manifestación carnal de tu alma se halla desconcertada en medio del camino de Emaús, esperemos que Aquél que es peregrino en los lindes, vaya contigo y no permita la desesperanza. Recuerdo entonces ese episodio tan entrañable para mí. Las meditaciones de esta hora me han llevado a ese pasaje del evangelio, que para mí es profundamente conmovedor: el encuentro en el camino de Emaús (Lucas 24: 13-35). Ese encuentro de los tres discípulos con Jesús, después de su muerte y resurrección, en el momento en el cual se hallan tristes y desconcertados por la muerte del maestro, pues aún no creían en la resurrección, a pesar de que María Magdalena y otras mujeres dieron sus testimonios. Este caminante que se les une en el camino al pueblo de Emaús, y que no es reconocido, los interpela sobre sus tristezas y los instruye en el misterio de lo que ha ocurrido; sin embargo, no lo reconocen y lo invitan a cenar. En el sencillo momento en el cual el caminante desconocido parte el pan y lo bendice, los ojos le son abiertos y reconocen al propio Jesús resucitado. Una vez que ha desaparecido el Maestro, luego de encuentro y desvelamiento, los discípulos dicen algo que me estremece: *"¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros mientras nos hablaba en el camino, cuando nos abría las Escrituras?"*

¿No ardía nuestro corazón?

Creo que siempre debemos interpelarnos con esta frase. A veces, estamos

tan ciegos que no vemos al caminante que nos acompaña. El gesto del pan lo relaciono con la materialización de la experiencia dentro de la sencillez. *"La poesía debe partir su pan"*- has dicho.

El discurso no les abrió los ojos, sólo el gesto de partir y bendecir el pan. Lo pequeño, lo cotidiano, es lo más cercano al desvelamiento del misterio. Así como el estar atentos a que nuestro corazón arda. El corazón ardiente es tal vez el centro donde confluyen sabiduría y misericordia, el relato discursivo, la belleza crepuscular y el humilde esplendor de la palabra. La unificación en la mesa: la comunión, el encuentro sencillo de una mesa con el pan. Sólo allí nos damos cuenta que el corazón arde dentro de nosotros con un fuego inextinguible. El pan es la vía donde confluyen el trigo terrestre y el Maná celestial.

Que el humilde pan en nuestras manos nos abra los ojos, el entendimiento y el corazón a la zarza ardiente que nos habita. Así pido en esta madrugada que ardan nuestros corazones, que nos acerquemos al misterio sobrenatural del sufrimiento.

¿No ardía nuestro corazón, querido Armando?

Abrazo cósmico

9 DE JULIO

Mi querido Armando:

Hay que vender todas las propiedades para comprar aquel tesoro escondido en el campo. Todas nuestras anécdotas y posesiones, nuestros pequeños disfrutes nos distraen del tesoro escondido en el campo. Y se me ocurre que el campo, en tanto tierra, cultivo, lugar, espacio, es nuestro propio cuerpo. Cuerpo- huerto, campo-

Tal vez el sufrimiento del soma nos acerca cada vez más al tesoro escondido. Allí donde nuestro aliento es más profundo. Donde está aquél que nos ama, tan cerca, respirando con nosotros, ínfimo, humilde, escondido en cada dolor, en cada maleza que debemos separar del trigo limpio.

Con cósmico amor...

*Poeta, escritora, médico psiquiatra, psicoterapeuta.